

# Los Fantasma Montevideanos

La publicación del libro de Giselda Zani, premio de Emecé, que incluye relatos de índole fantástica, ha llamado la atención sobre este género narrativo que tiene entre nosotros una vida tan tímida y opaca aún, que algunos estarían dispuestos a considerarlo un género fantasmal.

La literatura uruguaya ha servido obedientemente al realismo de raíz hispánica que Menéndez Pelayo estimaba uno de los rasgos centrales de la creación artística peninsular. Salvo la tradición popular y campera de los relatos de aparecidos, que ha tenido una última expresión en el delicioso cuento de Francisco Espinola Rodríguez, nuestras letras cultas y ciudadanas han desconfiado del trato con fantasmas y no han querido aventurarse en vericuetos demasiado metafísicos. Índice al fin de esta flaqueza, que alguno diría poquedad, de nuestra prosa realista, acostumbrada a llamar al pan pan y al vino vino, y que ha apoyado los procesos imaginativos más audaces y oscuros en claras explicaciones psicológicas, de conformidad con una técnica que empleó el espiritualista Dostoiévski.

Dejando de lado la inclinación a lo imaginario de nuestro modernismo para reducirnos al ámbito de nuestro cercano vivir, comprobamos que los últimos años han señalado un creciente desarrollo de la literatura fantástica. Si no ha alcanzado ya el brillo del más tradicional y rico ejemplo argentino, tampoco ha caído en su ocasional y mecánica trivialidad. Porque uno de los peligros del género es su fácil transformación en un juego mundano: irisadas pompas de jabón para distraer el ocio de los millonarios, disfrazando las urgencias de nuestro existir y sin comprometer verdaderamente lo espiritual.

Entre nosotros los fantasmas han tenido mayor nobleza, y si en general han explorado tímidamente el mundo metafísico, apoyándose con frecuencia en

esquemas conocidos del pensamiento, también se han esforzado por iluminar originalmente zonas desconocidas de la vida interior.

A ellos se aproximó Denis Molina mediante el sistema del asociacionismo poético, libre, usado en su primera literatura; pero en la narrativa su mejor expresión la alcanzó cuando ese mundo, más fantasioso que fantástico, se transformó en el mundo ilusorio y poético del niño en su novela Lloverá siempre. Mario Arregui también ha cultivado, como parte de su amplia gama narrativa, el cuento fantástico: con "Los amigos muertos" se ha adentrado en un tedioso, desamparado trasmundo, y en "El gato" ha evocado con tenso vigor las operaciones trasmutadoras de la magia.

Tres libros y tres autores se han encarado con los fantasmas en el último decenio y por diversos modos han buscado un equilibrio entre ellos y el mundo real. José Pedro Díaz en El habitante (Montevideo, 1949) invierte sagazmente la circunstancia: quien cuenta es el propio fantasma que ignora su calidad de tal y que ha de descubrirla al enamorarse de un ser concreto. Por ser él quien cuenta se opera un adelgazamiento y espiritualización del mundo real, —ya elegido por el autor como ámbito poético— que permite la interpenetración de ambas zonas dentro de una homogénea temperatura narrativa.

Clotilde Luisi vuelve a la narrativa con El regreso y otros cuentos (Madrid 1953), aportando a nuestras letras la situación rotunda que es tradicional: el ambiente y los personajes elegidos pertenecen a lo real conocido, a nuestra ciudad y a nuestras más gastadas calles y costumbres y de ellos se parte. Lo fantástico es un universo paralelo que aflora en ciertos puntos y circunstancias abruptamente, sistema que también ha de aplicar Giselda Zani en Por vínculos sutiles (Buenos Aires, 1958).

Pero la más amplia y coherente formulación de

un mundo fantástico se encuentra en el libro de María Inés Silva Vita La mano de nieve (Montevideo, 1951) donde el personaje central queda inserto en un esquema de referencias e incitaciones extrarrealas que son determinantes metafísicas y al mismo tiempo proyecciones de una ensufocación psicológica. La impecable prosa artística de estos cuentos envuelve la rica peripetia espiritual de una adolescente que vive su imaginario mundo recorrido por presentimientos y constancias de muerte, en una zona fronteriza entre la vigilia y el sueño, entre el milagro concreto del mundo y el milagro auténtico del trasmundo. Y ello ha sido logrado con una verdad entera, humana y fantástica a la vez.

Esta incompleta enumeración puede cerrarse con uno de nuestros más originales narradores, que si bien sólo esporádicamente ha incurrido en el fantástico estricto, ha creado una literatura fuertemente impregnada por un mundo marginal inquietante. Es Felisberto Hernández, el autor de Nadie enciende las lámparas, cuya prosa proustianamente sensorial ha encontrado zonas de profundo misterio (El balcón, El acomodador) o mediante invenciones casi absurdas ha reconocido extraviados aspectos de la sexualidad (Menos Julia, Las hortensias). Su universo es regido a la distancia por las leyes de nuestra realidad, pero está como inficionado por un conjunto de signos agoreros que semejan "las puertas de marfil y cuerno" que se abren hacia un más allá alucinante o hacia un más acá turbio.

Las narraciones citadas han ido creando una línea nueva, todavía imprecisa, en nuestra literatura, y la han salvado del fácil adjetivo "escapista" que se cuelga a los cuentos fantásticos; porque en ellos los fantasmas no fueron una simple diversión sino un sutil modo de elucidación del alma y de la condición del hombre.